

Dios sufre, el hombre llora

El dolor es una de las más profundas y misteriosas experiencias humanas. Experiencia que nos remite a Dios, bien para negarlo o, como socorro. No es infrecuente referirse al silencio de Dios ante el dolor de los inocentes, ante los campos de exterminio, ante la muerte de los niños, ante la enfermedad, la tortura y el hambre. ¿Por qué calla? ¿Por qué permite? ¿Puede ser ese un Dios omnipotente y, a la vez, absolutamente bueno? ...

M. Unamuno decía que en el dolor *nos hacemos* y en el placer *nos gastamos*; se dice que Beethoven, en la partitura de la *Novena*, escribió: “A la alegría por el dolor”. Al final de la *Barcarola* de *Los cuentos de Hoffmann*, de Offenbach, se canta: “El amor nos hace grandes, y el llanto aún más!”. Y, podemos afirmar que, la verdad nos hace libres, y el dolor grandes.

Si el dolor ajeno nos mueve a la compasión, nos conmueve. El propio nos modela. El dolor es la forja del alma. No se puede esculpir sin dar golpes con el cincel. Cabría decir, parafraseando a Nietzsche, que un hombre vale en la medida de la cantidad de dolor que es capaz de soportar. Ahora bien, esto no significa que debamos buscar el dolor. No. Debemos evitarlo. Es un mal y por ello debe ser evitado, aunque sus consecuencias son casi siempre beneficiosas.

Estoy leyendo un ensayo *El problema del dolor*, de C.S. Lewis, la tesis central es que Dios nos grita en el dolor. Dios no calla mientras sufrimos. Habla, incluso grita, precisamente a través de nuestro dolor. Lo que nos duele es la voz aguda de Dios que nos llama. Y nosotros, ignorantes, soberbios y sordos, aún hablamos de *silencio de Dios*... El dolor es el grito de Dios, viene a ser algo así como es su megáfono para despertar a un mundo sordo.

Decía san Agustín que Dios nos quiere dar cosas, pero no podemos tomarlas porque tenemos las manos llenas de otras cosas. En este sentido el dolor es el manotazo que nos arrebató lo que más queremos, pero para que podamos recibir lo único que puede hacernos felices. Tenía razón Beethoven: “A la alegría, por el dolor”.

Posiblemente alguien esté pensando que todo esto es una apología del dolor y del masoquismo. ¿Pensas así? Pues te invito a pensar: imagina un mundo sin dolor. Es curioso, sería un mundo privado de la mayor parte de las cosas buenas: un mundo sin compasión y sin heroísmo, probablemente un mundo sin mérito moral, sin acciones ejemplares...

El dolor no testimonia en contra de la bondad divina. A veces, podemos tener la impresión de que a Dios se le ha ido la mano y de que tal vez hubiera bastado con una terapia más suave, pero para que tengamos las manos vacías debe quitarnos todo o, al menos, lo que más amamos. Una vez cumplida su función terapéutica, Dios nos puede devolver algo o mucho de lo que teníamos, incluso todo. Pero entonces ya lo poseeremos de otra manera, a la manera de la criatura, a la manera feliz. La ilusión de la autosuficiencia humana solo puede quebrarse mediante el sufrimiento. El dolor es el último recurso de Dios para hacernos verdaderamente felices, es decir, buenos y sabios, y salvarnos. ¿Pero es que no hay otros medios para conseguir el mismo fin? Podemos preguntarnos... Siempre nos toparemos con el misterio. El dolor es el grito de Dios, él mismo, en su Hijo, lo ha experimentado, y así, desde dentro, lo ha transformado.

Jesús Yusta Sainz

